

# Carta de Madrás

CARTA 1986

Finales de diciembre-principios de enero, dos encuentros de jóvenes sucesivos: primero en la INDIA, una «peregrinación de confianza a través de la tierra», en MADRÁS, con jóvenes de toda Asia y de otros continentes; y en ESPAÑA, un «encuentro europeo» en BARCELONA, el cual reúne cada año veinte mil jóvenes de casi toda Europa (los años precedentes, en Roma, Londres, París, Colonia).

En MADRÁS, algunos hermanos de Taizé han vivido durante más de un año para preparar el encuentro. Tras escribir las tres cartas que siguen, el hermano Roger se ha reunido con sus hermanos para vivir en un barrio populoso de MADRÁS, animar el encuentro, y desde allí, desplazarse directamente a BARCELONA para el encuentro europeo.

«Estar en la India y entre los pueblos de Oriente, escribe el hermano Roger, da la posibilidad de descubrir una espera en Dios que se remonta muy lejos en la historia de la humanidad. Durante milenios, esta espera conduce a los creyentes de diferentes religiones a tenerse en presencia de Dios. Los cristianos de Oriente han tomado de ella el sentido de adoración.

Los pueblos de la India y del Oriente ¿lo esperan suficientemente? Las corrientes que atraviesan a los otros pueblos del mundo pueden ser cambiadas, transformadas, transfiguradas. La historia deja espacio también a las fuerzas de la intuición. Sin rechazar las leyes del determinismo, indispensables a su búsqueda, algunos científicos, agnósticos o no, discernen hoy límites, discontinuidades, una parte de imprevisible.

El siglo del determinismo se hace humilde en sus investigadores más competentes. Todo deja presentir que se abrirá a un siglo XXI de fe profunda».

¿Dónde estaríamos hoy si algunas mujeres, hombres y niños no se hubieran levantado cuando la humanidad estaba abocada hacia lo peor?

Fueron impulsados hacia la esperanza humana, y a una invisible presencia... Supieron discernir un camino para vencer las desavenencias entre las personas y para atravesar las murallas que separan a las naciones, a las familias espirituales, a las razas. Descubrieron, alzándose desde las profundidades de los pueblos de la tierra, la aspiración a una plenitud de alegría, de paz, pero también un hondo lamento.

¿Y tú? ¿Estarás sumido en una total indiferencia? Desconcertado por la desconfianza entre las naciones, por los desgarros de los abandonos humanos, ¿acaso tus labios y tu corazón se habrán encerrado en los continuos «para qué, no podemos hacer nada, dejemos las cosas como están»? ¿Te hundirás en el desaliento como Elías, aquel creyente de los tiempos antiguos que, convencido de no poder hacer nada más por su pueblo, se dejó caer debajo de un árbol para dormir y olvidarse de todo?<sup>1</sup>

O por el contrario, ¿estás bien despierto, tú que tienes un largo camino delante de ti? ¿Pertenece al grupo de aquellas mujeres, hombres y niños que se alzaron en su momento?

Hubo en ellos energías inesperadas. A través de su existencia llena de sencillez, de compartir, de solidaridad, su vida nos habla. Disipan la indiferencia que paraliza al ser, desarman la desconfianza y el odio. Son portadores de confianza y de reconciliación.

Conscientes de que Dios no desea ni los conflictos armados ni cualquier otro tipo de sufrimiento sobre la tierra, ellos toman iniciativas<sup>2</sup>. Hacer el mundo habitable, comprender por la confianza del corazón, vivir de la realidad del perdón, les hacen creadores con Dios.

Si la pasión del perdón se convirtiese en un fuego para ti, encenderías la llama de comunión en la noche de los pueblos.

¿Lo ignoramos? Dios nos quiere creadores con Él. Él ha aceptado un riesgo inmenso. Él ha querido al ser humano no como un autómatas pasivamente sumiso, sino libre para decidir personalmente el sentido de su vida, libre para perdonar, pero también para rechazar el perdón, libre para ser creador o no.

El ser humano no tiene fondo. Su abismo llama al abismo de Dios<sup>3</sup>. En las profundidades de sí mismo, Dios ya le espera. Allí surge una fuente de donde extraer las energías creadoras.

¿No hay milagros en la tierra? El amor que perdona es uno de ellos. Abre delante de ti un espacio nuevo, que te hace libre, enteramente libre. Intuyes en ti algo de Dios que no puede desgastarse, que no se desgastará jamás. La contemplación del perdón de Dios se convierte en un resplandor de bondad en el corazón muy sencillo que se deja conducir por el Espíritu.

En su invisible presencia, el Resucitado podría expresarse así: «Yo sé que conoces lo mediocre y lo sombrío. Pero puedo decirte que estoy contigo, a tu lado, delante de ti». «Feliz el que da su confianza sin haber visto».<sup>4</sup>

Dudas y te dices: va a apagarse mi fuego. Pero no eres tú quien lo ha encendido. No es tu fe que crea a Dios, no son tus dudas las que lo van a arrojar a la nada.

La fe es una sencilla confianza puesta en Dios, tan sencilla que todos pueden acogerla.

Para un corazón atento, la confianza en Dios tiene suficiente con casi nada.

Con ese poco Dios realiza lo esencial... Y todo, en uno mismo, se simplifica, el modo de vivir, la relación con los demás.

Una humilde oración de abandono también permanece siempre muy sencilla sin pretender nada. En cualquier edad, ¿quién no se sorprende a sí mismo diciendo: escucha, escucha mi oración de niño? Y siguen los combates cotidianos. Lucha y contemplación se unen.

Aspiras a sentir la presencia de Dios y sin embargo tienes la impresión de una ausencia. ¿Te das cuenta? Allí donde hay un amor que perdona, su presencia es palpable. A tu corazón le cuesta imaginarlo, pero su Espíritu está en continua actividad dentro de ti.<sup>6</sup>

Si te habitara la pasión del perdón sin dejarlo nunca para más adelante<sup>7</sup>, entrarías en una aventura espiritual, el asombro de un amor. Dios te ama antes que tú le ames. Crees que no le esperas y Él te espera. Dices «yo no soy digno», y Él coloca en tu dedo el anillo de fiesta, el anillo del hijo pródigo. Aquí está el cambio radical del Evangelio.<sup>8</sup>

¿Hijos pródigos? ¡Todos lo somos! Desde el fondo de tus servidumbres, volviéndote hacia Él<sup>9</sup>, no habrá más amargura en tu rostro<sup>10</sup>. Su perdón se convierte en tu propio canto.<sup>11</sup>

Abandonarse a Cristo, darle la confianza, perdonar, todo es lo mismo, un mismo soplo de vida.

El acto de perdonar encuentra en sí mismo resistencia. Nadie está hecho para perdonar, para vivir esta clara realidad del Evangelio. Contrariado, herido, humillado, ¿quién irá hasta el límite de sus fuerzas, para perdonar?

¿El perdón tropieza con el rechazo? La respuesta del Evangelio no deja lugar a dudas, se trata de ofrecer la bondad sin esperar la comprensión; perdonar aunque no encuentres más que frialdad y distanciamiento. Llegar hasta renunciar a saber lo que el otro hará con este perdón.

¿Se hace un uso abusivo del perdón? El amor que perdona no es ciego, está impregnado de lucidez. El perdón no preserva de esta dura prueba, cuando algunos hacen este cálculo «yo puedo permitírmelo todo, incluso destrozar a aquel o aquella de quien sé que de todas maneras terminará por perdonarme».<sup>12</sup>

Perdonar es una iniciativa muy personal que conduce a la transparencia. Lejos de apartar de la solidaridad, nos acerca a quien sufre las opresiones, malos tratos, manipulaciones. Libera energías de compromiso hacia ellos.

Cuando se vuelven a abrir heridas del pasado ¿te atreverías a perdonar incluso a aquellos que ya no están en esta tierra?

¿Amas sólo a aquellos que te aman? Esto lo puede hacer cualquiera sin necesidad del Evangelio. Rezar por aquellos que te hacen daño no es cualquier cosa.<sup>13</sup>

Si el amor que perdona se convirtiese en un fuego, tu corazón dolorido volvería a vivir.

En tus luchas interiores, Dios estaba allí, y tú no lo sabías.

Caminando sin ver, como envuelto por la noche... ¡qué lucha tienes que llevar! No tanto una lucha contra la duda, como para mantenerte fiel y atreverte a llegar hasta el don de ti mismo, a un sí para toda la vida.

Algunos piensan que para comprometerse en este sí hay que ser excepcional. Pero a cada uno se le ofrece la posibilidad de crear en Dios un compromiso de toda la existencia, y ello a partir de la propia condición humana.

Para aquel que elige seguir a Cristo, el sí y el no, en ocasiones, llegan a combatirse. Toda opción implica una elección entre diversas posibilidades, y lo natural es el desear tenerlo todo sin renunciar a nada.

Por el sí de la fe, de la confianza en Dios, el Resucitado hace de ti un ser vivo, te quiere en pie<sup>14</sup>, no vacilando en un sentido o en otro. Tu fidelidad es un lenguaje absoluto, expresa a Dios tu amor.

En este combate nadie se halla abandonado a una soledad desértica. Desde su resurrección, por su Espíritu Santo, la misteriosa presencia de Cristo Jesús se hace concreta en una comunión visible, la de su Iglesia. Reuniendo mujeres y hombres de «todas las naciones, ha hecho en ellos místicamente su Cuerpo»<sup>15</sup>. A través de esta comunión en el Cuerpo de Cristo, Dios te ofrece donde enraizar tu vida entera.<sup>16</sup>

A causa de Cristo y del Evangelio ¿te prepararás cada mañana para el perdón, descubriendo ante ti un espacio de libertad que nadie podrá arrancarte? Atento a ser creador con ÉL, a partir de ahora, ¿avanzarás muy sencillamente, con lo que has comprendido?

Para que se eleve una confianza sobre la tierra, al Este o al Oeste, en el Norte o en el Sur, es necesaria tu vida y la de una multitud. Para empezar, no hacen falta ni la experiencia de toda una existencia ni las perspectivas que da el saber. ¿Te concederás una tregua mientras no hayas encontrado dónde descansar tu corazón?

1 Novecientos años antes de Cristo, el profeta Elías conoció la desilusión y el desaliento. Tal vez era todavía joven, nadie lo sabe. Desalentado se sentó debajo de un árbol y dijo a Dios: «Ya estoy cansado, toma mi vida». Y se durmió. Por dos veces, un enviado de Dios vino a despertarlo y le dijo: «Levántate y come, puesto que tienes todavía un largo camino delante de ti». Elías se levantó y sostenido por este alimento, anduvo durante cuarenta días y cuarenta noches hasta llegar a la montaña donde tenía que encontrarse con Dios. (I R 19).

2 Durante estos últimos años se ha producido un despertar sin precedentes de la conciencia cristiana con respecto a los derechos humanos. Este despertar se realiza con ritmos distintos; los cambios no se inician al mismo tiempo en todas partes. En uno de los más grandes países del mundo, hombres de Iglesia elaboran un nuevo derecho económico que concierne al alojamiento, a la salud, a la alimentación básica, colocándole en el mismo plano que los otros derechos humanos.

3 Sal 42, 8

4 Uno de los discípulos de Jesús, llamado Tomás, expresa su duda. No quiere creer en la Resurrección de Cristo; antes de haberlo visto, antes de haberle tocado con sus manos las heridas. Jesús le dirige, entonces, esta frase: «Porque me ves crees (es decir: das tu confianza). Pero feliz aquel que cree sin haber visto.» (Jn 20, 29). Según la tradición, es este discípulo Tomás quien evangelizó la India y murió en Madrás.

5 Preparar un encuentro en la India hace descubrir hasta qué punto son múltiples las formas de oración. A lo largo de una vida, hay momentos en los cuales se ora sin palabras, la oración se produce en medio de un profundo silencio. En otros momentos, son necesarias muchas palabras. A veces el entusiasmo (entusiasmo significa estar cogido por Dios) se traduce en una oración común litúrgica. ¿Cómo ignorar que en Oriente una oración personal, expresada de forma incansable con las mismas palabras ha sostenido a muchos creyentes durante toda la vida? Desde tiempos inmemoriales, este modo de oración no es otra cosa que una evocación continua de la presencia de Dios. Esto es válido, no sólo para los cristianos sino también para los creyentes de otras religiones. Esta oración es subyacente en los gestos, en las conversaciones, en todo. Esta oración, venida de Oriente, se extendió entre los cristianos de Europa del Este; tenemos, por ejemplo, la oración del «nombre de Jesús». O la oración de «Alégrate, llena de Gracia, el Señor está contigo», o incluso cantos sencillos, repetidos incansablemente que siguen la misma línea.

De Oriente procede también un gesto varias veces milenario que adoptaron los primeros cristianos. San Lucas cuenta, al final de su Evangelio, que los apóstoles se prosternaban, con la frente en el suelo. Ya en Oriente, esta actitud significaba la ofrenda a Dios de su propia persona, todo el ser está allí, extendido cuan largo es, con la frente rozando el suelo, en medio de un largo silencio.

6 El Espíritu de Dios habla sin que sea indispensable percibirlo. Por su misteriosa presencia, el Resucitado está siempre ahí. El hecho de no sentir nada, de no captar ninguna resonancia sensible, no quiere decir sequedad espiritual. «Sin haberlo visto, lo amáis» (I Pe 1, 8). En las celebraciones litúrgicas, un poco como oración de niño, decimos: «Ven, Espíritu creador». Sin embargo, sabemos perfectamente que ÉL ya está aquí. Está presente en nosotros, reza en nosotros, es ÉL quien nos conduce siempre. El Espíritu Santo no se retira nunca.

7 El Evangelio convoca a un perdón que no debe aplazarse para más tarde. Cristo lo dice explícitamente: «Si tú presentas tu ofrenda en el altar y alguien tiene algo en contra de ti, ve primero a reconciliarte con él» (Mt 5, 23-24).

8 Algunos piensan que para desculpabilizar al ser humano es necesario minimizar el pecado o incluso rechazar su existencia. Esta actitud, lejos de desculpabilizarle, puede extender la culpabilidad hasta tal punto que le resulte ya incontrolable. Otros, por el contrario, se acusan de todo, y como para «ponerse en regla» con Dios, no acaban nunca con los actos expiatorios. El Evangelio no es ni lo uno ni lo otro.

En el Evangelio hay una increíble inversión de conceptos descrita claramente en la parábola del hijo pródigo. Desde el mismo instante en que el padre del pródigo divisa a su hijo, corre hacia él. Correr, en aquel contexto histórico, no era digno de un hombre mayor, sin embargo él hace este gesto. El hijo dice: «Padre, he pecado contra el cielo y

contra ti, no soy digno de ser llamado hijo tuyo...» pero el padre no le deja continuar. Le viste con el mejor de sus trajes y le pone el anillo de fiesta en su dedo (Lc 15). Con su perdón, el padre ofrece a su hijo un nuevo horizonte, un espacio de libertad. La alegría del padre destella porque su hijo está allí, una comunión se ha vuelto a encontrar. El perdón de Dios libera energías encadenadas para crear con Dios. «Cuando el perdón se concede, ya no se ofrecen más sacrificios por los pecados» (Hbr 10, 18).

9 En el Evangelio, volverse hacia Dios, convertirse o arrepentirse, son la misma cosa (Mc 1, 15).

10 Sal 34, 6.

11 Para muchos existe el sacramento de la Reconciliación. Recibido con arrepentimiento de corazón, libera de la duda y aporta la certeza personal del perdón de Dios. «Nuestras culpas son más fuertes que nosotros, pero tú eres el que las borras» (Sal 65, 4).

12 El perdón no es un camino de facilidad. Se puede abusar del perdón concedido como un abuso de confianza. No hay nada más desconcertante. Cuando el vértigo de la ambición humana domina a un ser, actúa como una droga que mata el alma. Conduce al dominio secreto de las personas, y hasta este cínico razonamiento: «¿Por qué no ir más lejos en mi proyecto, incluso atropellando al otro, si él me perdonará a causa de Cristo?».

13 El Evangelio llama a rezar por los otros, incluso por los enemigos (Mt 5, 43), para llevar hasta Dios a aquellos que se nos oponen. Pero cuando nosotros rezamos por otros y su corazón no cambia ¿acaso es que Dios no acoge nuestra oración? No, ninguna oración deja de ser escuchada. Dios nos acoge dentro de nosotros mismos. Cuando, a través de la oración, confiamos a una persona a Dios, algo cambia en nosotros. Una mirada interior de bondad no impide la lucidez. Seguimos viendo en el otro sus asperezas, lo que tiene de inaccesible. Pero también nos arriesgamos a descubrir en él aquello que ni siquiera él conoce de sí mismo.

14 Dios quiere que el hombre -esté en pie, no humillado. Él no tiene necesidad de la sumisión del ser humano para manifestar el resplandor de su propia presencia.

15 Lumen Gentium, cap. 1, par. 7.

16 «Quizás no estamos libres de toda responsabilidad ante el hecho de que, sobre todo los jóvenes, miren críticamente a la Iglesia como una mera institución. ¿No hemos dado ocasión para ello, hablando demasiado de renovar las estructuras eclesiológicas externas y poco de Dios y de Cristo?»

La Iglesia se hace más creíble, si hablando menos de sí misma predica más y más a Cristo crucificado (cf. I Cor 2, 2) y lo testimonia con su vida.

Jesucristo asiste siempre a su Iglesia y vive en ella como resucitado.

Del mismo modo que creemos en un solo Dios, en un solo y único mediador Jesucristo, en un solo Espíritu Santo, tenemos también un solo bautismo y una sola eucaristía, por los cuales la unidad y la unicidad de la Iglesia se significa y se edifica. Esto es de mucha importancia, especialmente en nuestros tiempos, porque la iglesia, en cuanto a una y única, es como sacramento, es decir, signo e instrumento de la unidad, de la reconciliación, de la paz entre los hombres, las naciones, las clases y las razas.

Porque la Iglesia es comunión, las nuevas así llamadas "comunidades eclesiales de base", si verdaderamente viven en la unidad de la Iglesia, son verdadera expresión de comunión e instrumento para edificar una comunión más profunda. Por ello dan una gran esperanza para la vida de la Iglesia.» (Sínodo 1985)

© Ateliers et Presses de Taizé  
Taizé-Communauté, 71250 Taizé, France  
[www.taize.fr](http://www.taize.fr)